



La política mexicana es, antes que nada, una coreografía del abrazo, del encuadre y del reflejo; siempre en movimiento, la vemos repetirse...



**CARLOS A.
PÉREZ RICART**
 @perezricart

La costumbre del poder

El poder no se explica. Se retrata. Las *selfies* son su nueva liturgia, y el paso triunfal de Omar García Harfuch por el Congreso, su retrato más fiel.

La política mexicana —se sabe desde Acatempan— es, antes que nada, una coreografía del abrazo, del encuadre y del reflejo.

Felicitaciones. Porras. Gritos. Vítores.

En la Cámara de Senadores, todos querían ser parte del ritual: oficialistas y opositores, los de siempre y los de ocasión. Formar parte. Entrar en la escena, aunque fuera con un hombro. Rozar al secretario por accidente. Que los viera, los bautizara con la mirada. No parecían representantes populares: eran alumnos formados para saludar al profesor. La de la Cámara Alta, más que una comparecencia, fue la réplica de un ritual de adhesión.

Adán Augusto López quiso ganar el concurso de cercanía. Terminó triunfando en el de pantomimas. Los videos del tabasqueño escoltando a Harfuch, abriéndole paso como si fuera jefe de

escortas, quedarán para la historia. No se apartó ni un segundo, ni siquiera en la conferencia de prensa, cuando el secretario respondía sobre La Barredora. Eso sí, el rubor lo delató. La cara se le enrojecía al tabasqueño tras cada pregunta. Ni el oficio ni la investidura alcanzaron para disimular.

Las crónicas registran otras estampas. Mely Romero, del PRI, se declaró dispuesta “a sumarse a cada tarea” y confesó —ay, qué ternura— que sólo quiere “saber cómo trabajar de la mano” con el secretario. Francisco Ramírez Acuña, del PAN, dijo que su partido —vaya mérito— “es el primero en reconocer logros cuando los hay”. Alejandra Barrales, de Movimiento Ciudadano, habló del “evidente giro con respecto a la estrategia del sexenio anterior”. En la bancada de Morena, según registró *Reforma* (23 de octubre de 2025), algunos alcanzaron a murmurar: “huele a Presidente”. Era la fragancia del poder.

Harfuch tardó once minutos en salir del recinto. Once minutos que pueden durar más que una precampaña.

También en la Cámara de Diputados hubo verbena. Un video delator captó a las diputadas Gabriela Jiménez y Jessica Saiden forcejeando, sin mucha discreción, por quedar junto al secretario durante la conferencia del lunes. **Ricardo Monreal** —quién si no— las bautizó, con su humor involuntario, *las Batichicas*.

Junto a Omar, la sororidad se vuelve una abstracción.

No escuchan lo que dice. No les interesa. Que si los Balazos, que si los Aplausos, que si la Atención a las Causas. Da igual. Lo importante es no moverse. Salir en la foto. Y colgarla en Twitter como foto de perfil.

...

La política no es. *Se va haciendo*. Siempre en movimiento, siempre en gerundio.

La vemos repetirse frente a nosotros. Eso que llamamos presente es, en realidad, la costumbre del poder.

...

—Nada, en política, es definitivo, aunque



todo en la política a nuestro estilo es posible... Usted: sume, vea a sus amigos, prepárese, estudie, cuídese.

La frase pertenece a *Palabras mayores*, una de las seis novelas que integran *La costumbre del poder*, el ciclo de Luis Spota que disecciona el sistema político de un país imaginario que, por supuesto, es México. Publicadas entre 1975 y 1980, las novelas retratan y desmenuzan las estructuras del poder, la tristeza de perderlo y las ansias de conservarlo. La desilusión de siempre.

Releo algunas páginas de *La costumbre del poder* y pienso en Monreal, en Adán, en las Batichicas. Vuelvo a Spota y constato que la cultura política mexicana sigue girando sobre sus mismos ejes. Nada esencial se ha movido, solo cambiaron los jugadores. Los gestos, las pequeñas traiciones, la aspiración a ser alguien, la expectativa transexenal. Todo sigue ahí.

Me sumerjo en Spota y comprendo, con algo de tristeza, que en este país mucho cambió, no así la gramática del poder. Permanece intacta, impecable, escrita en la caligrafía persistente de la obediencia y el temor a la irrelevancia.

Decía Spota: *"Decimos que éste es un juego político y lo decimos mal [...] Es una guerra en la que todo se vale, y casi siempre lo que más se vale es lo más sucio"*. Un juego, añadía, en el que *"la gratitud sólo tiene seis meses de vigencia"*. Medio siglo después, la frase resiste como diagnóstico, aunque podría pasar por manual de instrucciones.